

—¿De veras?

—Creo que era vecina suya.

—¿Os ha hablado de ella alguna vez?

—Alguna.

—¡Ah!—dijo para sí Matilde.

La enferma no había podido leer en el rostro de la que debía considerar como rival más que una piedad sincera y casi un deseo de hablarla.

En efecto, al mirarla Elena, estuvo casi á punto de decirle:

—Tened cuidado.

Los ojos de Fabregues, que buscaban inútilmente los suyos, su faz sombría, su actitud, la habían impresionado.

Pero retrocedió ante lo peligroso y difícil de una explicación.

Por lo demás, el calor del teatro, la animación de la fiesta, la fatiga misma de caminar por entre las apretadas filas de la muchedumbre, hacían subir olas de sangre á la cara de la enferma, dándole apariencias de vigor y la ilusión de la salud.

Desde el sitio en que se había colocado para dominar la sala, observando á Elena, que no abandonaba su puesto, á pesar de las señales á que afectaba no responder, á la señora de Breville, contemplando la dulce fisonomía de su sobrina, y á D'Aubagny, cuya invisible correspondencia con Elena sorprendía, Fabregues meditaba sobre el mismo problema que los otros, y el temor le hacía suponer lo que era

una esperanza para la señora de Breville y para Elena, y se preguntaba con el despecho propio de un fracaso:

—¿Vivirá?

El término del concierto le sorprendió mezclado entre sus compañeros y reflexionando sobre el porvenir, que le inquietaba.

Algunos minutos antes del último número, el terceto de *Guillermo Tell*, que debía cerrar la velada, Fabregues, colocado en la alternativa de unirse á su esposa, sentada al lado de la señora de Breville, y el deseo de una explicación con Elena, se deslizó por el corredor de las primeras galerías para esperar allí á la joven y obligarle á escucharle un momento.

Pero al ver que estaba su sitio vacío, experimentó una emoción dolorosa.

Elena se había marchado con su prima.

Sentado cerca de la baronesa y de Matilde, D'Aubagny parecía sumido en el éxtasis de la música y sonreía.

## XXVI

La locura tiene sus grados.

La del doctor Fabregues llegó á su colmo en la noche de aquel concierto famoso en los anales de Mont-Dore, cuyo programa se conserva como un título de nobleza.

Si Fabregues había vacilado hasta entonces, sus vacilaciones desaparecieron al llegar á su casa en compañía de aquella mujer de que de-



bía estar orgulloso, y á la que miraba con aversión, como un obstáculo á su libertad y una rémora á su ambición insensata.

Era para él un suplicio no poder seguir á Elena, cuya frialdad le exasperaba, verse obligado á dejarla libre para hablar con rivales agigantados por su imaginación, con aquel d'Aubagny victorioso, cuya triunfal sonrisa le irritaba.

Si el barón estaba allí, no podía ser más que por ella; Fabregues no lo dudaba. El era á quien había visto en la torre de Murols, él quien había facilitado la entrada á Elena en el Casino. procurando á peso de oro los disputados billetes.

¿En dónde estaba?

No lo había podido averiguar.

Se le figuraba en algún hotel, esperando á D'Aubagny para demostrarle su gratitud, cediendo ante las ofertas de aquel alegre vividor, dando oídos á los denuestos con que el barón se complacía en zaherirle.

Al hallarse en su habitación con Matilde, leyó en el semblante de ésta una desconfianza, una frialdad, una inquietud cuya causa no conocía ni se atrevía á preguntarla.

Se equivocó acerca de ella.

Su mentira respecto de Elena había desperdado en Matilde algunas sospechas, que ocultaba; era demasiado altiva para descender á cierto linaje de interrogatorios; pero su frente se nublaba. Pasada la excitación de la noche, cayó

en el abatimiento que sigue á un esfuerzo escesivo.

Fabregues atribuía su frialdad á los consejos de la señora de Breville y del barón D'Aubagny.

Sentado en un extremo de la habitación mientras Juliana ayudaba á su señora á desnudarse, reflexionaba sobre las palabras de Jordal y de los otros médicos.

Recordaba la frase de éste: «Yo espero».

El no quería esperar. La inocente criatura que se había entregado á él en un momento de fiebre, no merecía gracia ante él.

Era preciso abreviar.

Sabía demasiado que, según todas las probabilidades, la aplicación del remedio famoso de Koch, unos días después, pasaría por un verdadero asesinato.

Y en realidad era un asesinato lo que se proponía.

Para salir airoso solo disponía de un instante.

Una mirada de desconfianza de Juliana le advirtió que no disimulaba bien sus impresiones, y procuró estar sobre sí.

Se aproximó á Matilde, le tomó una mano y la llevó á sus labios, después de apretarla un instante entre las suyas.

Era cerca de media noche; el día había sido largo para la infeliz mujer.

—Debes estar fatigada—le dijo;—duérmete.

Y salió á pasear por las calles.



El concierto había trasladado á Mont-Dore la animación de los boulevares de París en las hermosas noches de verano.

El parque estaba animadísimo. Fabregues lo recorrió esperando encontrar á Elena.

Esta estaba ya lejos.

Caminaba por el camino de Murols, en compañía de su parienta, en un carro tirado por un vigoroso caballo del país.

Fabregues no podía, pues, verla.

En cambio, en el instante en que pasaba al lado de un macizo de verdura, oyó una voz bien conocida. Esta voz era de hombre, y decía:

—Hay que desconfiar y no dejarla en tales manos,

—¿Creéis eso? — preguntó una voz de mujer.

—No me atrevo á deciros lo que sé... La casualidad me ha revelado un secreto, y me es imposible callar... Tened cuidado... Ese hombre no la quiere.

—¿El?

—Ama á otra.

—¡Qué malvado! Quisiera dudar aún... Entonces sería un monstruo.

—Al menos es un ambicioso temible.

—¡Dios mio!

—Llevadla con vos sin pérdida de tiempo, á costa de lo que sea.

Los dos paseantes, que se habían detenido en la sombra, se pusieron en marcha y siguieron discutiendo en un tono de voz que no permitía oír lo que decían.

Pasaron cerca de Fabregues oculto en el ángulo del macizo.

No necesitó verlos para reconocerlos.

Eran d' Aubagny y la señora de Breville.

Fabregues les siguió hasta el hotel, donde les vió entrar y, nervioso y agitado, se dirigió á la quinta «Elena», nombre acusador, después de haber vagado un momento á la ventura.

Al llegar, encontróse con Sulpicio, que también volvía de presenciar el concierto de fuera, en un cafetín de la calle de la Gare, y le anunció que había llegado de Berlín lo que el doctor esperaba con tanta impaciencia.

Fabregues se dirigió presurosamente á la casa, entró en el salón donde había una bujía encendida, y encontró sobre un velador un frasco pequeño, sellado y con media docena de timbres de Berlín.

El doctor se apoderó de él con avidez y salió á su habitación.

Su reloj señalaba la una de la mañana.

Juliana se había retirado.

Matilde estaba sola en su habitación, tendida en el lecho, con los ojos cerrados.

Dormía alumbrada por un rayo de luna que entraba por la ventana.

Esta habitación comunicaba con la de su marido por una puerta que se hallaba abierta.

Fabregues se adelantó de puntillas hasta la cabecera de la cama, y contempló á la enferma con aire sombrío, escuchando su respiración agitada.



Todo quedó en silencio en la calle y en la casa.

Fabregues tomó una silla y se sentó cerca del lecho, entregándose á sus meditaciones.

¡Ah! ¡Había una coalición contra él para arrancarle lo que había conseguido con verdaderos milagros de discreción y astucia!

D'Aubagny le declaraba la guerra y Bordat lo mismo. Todos estaban celosos de su victoria.

Sus mismos colegas de Mont-Dore le juzgaban severamente.

Ahora bien: ¿no era este el resultado fatal y previsto de su proceder?

El lo había arrojado todo por realizar su deshonrosa especulación.

Lo que le importaba era no perder el fruto de la vergüenza, el precio de la infamia.

La partida estaba ganada, pero á condición de no dar tiempo á sus adversarios para tomar la ofensiva.

Permaneció algún tiempo en actitud irresoluta y después se dirigió á su habitación.

El frasco llegado de Berlin estaba sobre una mesa.

Lo destapó y lo contempló con sonrisa diabólica.

—Remedio imposible—pensó.—Veneno, tal vez. ¿Qué le costaba ensayarlo? Salvación ó desastre para la desgraciada mujer, se acabaría de una vez, y cualquier cosa era preferible á la incertidumbre de su situación.

Volvió de nuevo al lado de su víctima y tocó á Matilde suavemente la mano.

La enferma se despertó sobresaltada.

—¡Matilde!—murmuró él á su oído.

—¿Eres tú?—dijo ella.

—Sí, yo.

—Me has asustado un poco. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Cerca de dos horas.

—¿Qué hacías?

—Guardar tu sueño. Esta noche has alcanzado un verdadero triunfo.

—¡Oh!

—Grande y merecido. Tú hermosura era la envidia de las mujeres y mi orgullo.

Ella no respondió.

—Hemos hablado de tí—continuó él.

—¿Con quién?

—Toda la facultad de Mont-Dore se ocupaba de tu salud.

—¿Y qué han dicho?

—Nada desagradable. Al contrario.

—¿Y el doctor Jordal?

—Tiene muchas esperanzas. Ya sabes que es partidario fanático de estas aguas. El te admiraba como los demás. Aquello era un concierto de elogios. Yo pensaba en tu curación.

—¡Mi curación!—murmuró ella con acento de duda.

—Nadie la desea más ardientemente, querida Matilde, y tengo que darte una buena noticia.



—¿Cuál?

—Te traigo esa curación.

—Cómo.

—Ya sabes, ese remedio de que te he hablado: pues bien ya está aquí.

En el rostro de la joven se dibujó una expresión de terror. Miró á su marido con ojos de espanto, y le dijo:

—¿De modo que has escrito?

—Hacía tiempo.

—Y has recibido lo que pedías.

—A precio de oro.

—¿Tienes confianza en él?

—La fé más absoluta. Además, si lo que es imposible el resultado no correspondiese á nuestras esperanzas, tampoco sucedería ningun daño.

—¿De modo qué quieres?...

—Yo no quiero más que tu salud, tu dicha, tu vida, y no dudo de que se realicen mis deseos.

Su voz parecía un murmullo en el silencio de la noche. Matilde apenas oía así como palabras vagas, cuyo sentido apenas comprendía.

Sin embargo, aventuró esta pregunta:

—¿Qué será preciso hacer?

—Nada: soportar un ligero dolor de un segundo, un pinchazo de aguja.

Matilde hizo un gesto de resignación que hubiera enternecido á una piedra, y dijo:

—Haz lo que quieras.

Y cayó en un profundo sueño.

Nada impedía al doctor ejecutar su proyecto. La operación era sencilla.

Los morfínicos la practican en sí mismos diariamente.

Fabregues no tenía ante él más que un cuerpo inerte.

El veneno, adquirido, como él decía, á precio de oro, penetró en las carnes de la pobre joven y de allí en sus venas.

Continuaba durmiendo.

Cuando el miserable volvió á su habitación, el crimen estaba consumado.

El rostro angelical de Matilde, que parecía sonreírle en medio de un sueño, no había hecho temblar su mano.

Se encerró en su habitación y se durmió á su vez; pero en su sueño febril, debió ver la imagen de la muerta llevando en sus brazos la sombra de la que él acababa de matar.

La obra del mal estaba consumada sin remedio.

## XXVII

Cinco días después se habían extinguido los últimos ecos de la fiesta y Mont-Dore recobrabá su vida ordinaria.

La señora de Breville y D'Aubagny habían regresado á Royat; tranquilizada casi la primera acerca del estado de su sobrina por las declaraciones del doctor Jordal.

D'Aubagny, preocupado con Elena, procu-



raba distraerse en la agitación de la vida del gran mundo y casi olvidado del peligro que podía correr Matilde.

Por lo demás, había dejado á esta sonriente y dichosa en la apariencia, á causa del éxito de aquella noche, cuyas consecuencias debían serle tan funestas.

Hay enfermedades que incuban antes de estallar, venenos cuya absorción proporciona un bienestar pasajero y que son un calmante de los dolores agudos.

Al siguiente día del concierto, Matilde se despertó bastante tarde y en un estado de tranquilidad que no era más que el aturdimiento producido por el terrible virus.

Al despertar vió á su cabecera á Fabregues, que espiaba los resultados de la operación, ocultando su ansiedad.

Encontró palabras cariñosas é inflexiones casi tiernas en su voz para preguntarle cómo estaba.

Ella le miró con sus hermosos ojos, que debieron hacerle temblar; pero no se contrajo un solo músculo de su rostro ni reveló sus secretas impaciencias.

La joven quiso levantarse y acompañar á su tía y á D'Aubagny en el momento de su partida.

Durante el día, se la vió en el hotel Pavillon, en el concierto, en el parque y en los salones del Casino.

Aquella debía ser su última salida.

Jordal, que la encontró, cambió con ella algunas frases alegres.

Matilde no le dijo lo que había pasado.

Por la noche experimentó una animación particular, debida á un principio de fiebre, que daba á sus ojos un brillo inusitado y á su piel un color que engañaba respecto de su salud.

Pero al siguiente día, á la hora de comer, cuando pasaba por el parque del brazo de su marido, sintió una especie de desvanecimiento y manifestó deseo de volver á su habitación.

Fabregues la condujo á ella, la desnudó como si fuese una niña y se convirtió en su enfermero.

No sé qué tengo—dijo ella;—parece que me ahogo.

El procuró tranquilizarla con esas frases vagas que un médico prodiga siempre á los enfermos.

—Eso no será nada... un poco de fiebre... Tranquilízate; yo no te dejaré.

Efectivamente, pasó la noche á su lado, y en los días sucesivos permaneció á su lado, siguiendo con avidez los progresos del mal.

Pronto debía conocer la extensión de su crimen y la imposibilidad de remediarlo.

El estado de Matilde se agravaba por momentos.

El veneno se iba apoderando poco á poco de aquel cuerpo débil, que no podía oponer resistencia á su acción destructora.

Las sofocaciones eran más frecuentes, las ar-



terias de su frente golpeaban con tal violencia, que se distinguían sus pulsaciones bajo la piel. Una fiebre intensa, mortal, la devoraba como un incendio.

Y, sin embargo, no se quejaba.

¿Comprendía la infamia de que había sido víctima?

Hubiera podido creerse así.

Desde el cuarto día sus sufrimientos se hicieron intolerables y comenzó el delirio. Cerró los ojos y evadió contestar á las preguntas de su marido, y tal vez en un momento lúcido comprendió la falta que había cometido entregándose á tal hombre.

Una mañana, á las ocho, Jordal acababa de regresar de su visita, cuando entró precipitadamente en su gabinete un hombre aterrado, con los cabellos en desorden.

El doctor, sorprendido, reconoció á Fabregues y exclamó:

—¿Qué sucede?

—Una desgracia.

—¿Tan bruscamente?—preguntó el otro.

—Os ruego que vengáis conmigo.

—¿Tan urgente es?

—No hay que perder un momento.

El doctor Jordal dió algunos paseos por la habitación, examinando á su colega. No pudo observar más que una desesperación profunda.

Tan perfectamente supo representar Fabregues esta comedia, que Jordal se preguntaba:

—¿Será verdaderamente sincero?

Sin embargo, una duda le asaltaba. Las frases del viejo Brousse en la *Fosa de los leones*, resonaban en sus oídos:

«Nos dice que no es rica y lleva encima más de cien mil francos en diamantes.»

Por fin, tomó el sombrero y se dispuso á salir.

Su semblante estaba sombrío.

Temía una infamia.

Siguió á Fabregues, que sin pronunciar una palabra, marchaba con paso rápido.

En dos minutos llegaron.

A la puerta estaba Sulpicio sentado en un banco, con la cabeza entre las manos y en actitud de meditación.

Al acercarse su amo se levantó.

—¿No ha venido nadie?—preguntó Fabregues con voz ronca.

—Nadie.

Juliana estaba al lado de la enferma.

Jordal se aproximó al lecho y observó un instante á la enferma.

Sus miradas iban alternativamente de la desgraciada á su marido y murmuraba entre dientes:

—Es extraño... Extraordinario... No comprendo nada.

Al fin dijo algunas palabras con más claridad...

—Fiebre terrible... pneumonía... síntomas peligrosos... Esto no es natural.

—Veamos—dijo bruscamente á Fabregues,



más con el tono de un juez que interroga. que del médico que consulta—habeis debido cometer una imprudencia.

Fabregues murmuró con voz alterada, con cierto énfasis melodramático:

—Es verdad; he querido salvarla... he intentado lo imposible.

La mirada de Jordal se fijó entónces en el frasco enviado desde Alemania que estaba vacío casi hasta la mitad.

Quizás el otro lo había puesto á la vista para evitarse el embarazo de una confesión.

Jordal se apoderó de él, lo examinó y dijo á Fabregues:

—He aquí la causa: ahora me lo explico todo. ¿Cómo os habéis atrevido á ensayar en vuestra mujer la peligrosa invención de ese empírico?

—Tenía confianza—dijo Fabregues con acento desesperado.

—¡Desgraciado!

En los labios de Jordal, este grito de indignación tenía otro sentido. Quería decir:

—¡Miserable!

La injuria encendió la sangre del culpable y le devolvió su perdida energía.

—¿Qué sabemos—dijo—del efecto que va á producir todavía? Después de todo, á pesar de vuestras ilusiones. yo desesperaba de salvar á Matilde. Os he dicho la verdad... La adoro... He visto en esto un medio de conservarla... He tratado á Dios... Si Dios me condena, tengo tomado mi partido.

—¿Qué haréis?

--Me mataré.

—¿Vos?

—Lo veréis.

Jordal se encogió de hombros.

—Palabras vanas—dijo—¿para qué sirven?

—No os ocupéis de mí; pensad en ella.

—Pienso en ella solo—dijo Jordal bruscamente.

Fabregues parecía loco de dolor.

—Escuchad—dijo—podéis decírmelo todo... No estoy en mí... Soy incapaz de pensar ni de hacer nada. Lo que decidáis, eso se hará...

—Temo que sea demasiado tarde.

Fabregues se sentó en una silla y ocultó la cabeza entre las manos.

—Oid—dijo el otro tocándole en la espalda, —la situación es grave, y además esto es muy oscuro. Yo no sé cómo puede combatirse el misterioso agente de que os habéis servido. Intentaré, sin embargo, un esfuerzo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no aceptaré solo la responsabilidad. Buscad á un compañero.

—Si queréis...

—El doctor Brousse.

Fabregues se levantó de un salto.

—El doctor Brousse tiene prevención contra mí, me odia.

—Brousse es un hombre de honor. Si no queréis llamarlo, me retiro.



Fabregues vaciló unos segundos, pero se decidió en seguida.

Se sentó á un velador, escribió con mano nerviosa dos líneas en un papel, lo encerró en un sobre y lo dejó caer por la ventana en manos del *groom*, diciéndole:

—A casa del doctor Brousse, en seguida.

Sulpicio marchó como una flecha.

Diez minutos después el profesor leía con cierta admiración esta carta:

«El doctor Fabregues suplica encarecidamente á su eminente compañero, se sirva venir inmediatamente á consultar con el doctor Jordal acerca de la grave enfermedad de madama Fabregues.

DR. FABREGUES.»

El viejo fué casi detrás del criado, que anunció su llegada.

Al primer golpe de vista, después de oír á Jordal, miró severamente á Fabregues y le dijo:

—¿Tiene familia esta pobre joven?

—Sin duda... una tía...

—¿Está lejos de aquí?

En Royat.

—¿La habéis prevenido?

—Todavía no.

—Mal hecho... avisádlas.

—De modo, que suponéis...

Brousse dejó escapar un sordo gruñido.

—¡Pardiez, caballero. Supongo que lo sabéis tan bien como nosotros. Si esta pobre joven conservaba algunas probabilidades de curación hace algunos días, hoy no tiene ninguna, gracias á esa infernal droga...

—Doctor.

—Ya lo he dicho, caballero; ántes de cuarenta y ocho horas, la infeliz habrá muerto.

Juliana cayó de rodillas al pié del lecho.

La enferma deliraba.

Sus manos parecían espantar fantasmas y de sus labios se escapaban estas frases, casi ininteligibles:

—Pedro, á mí... socórreme.

XXVIII

Aquel día se renovaron con carácterés de más apasionamiento, las discusiones de *la fosa de los leones* entre el cuerpo médico de Mont-Dore.

Fabregues tuvo muy pocos defensores que no se distinguían ciertamente por su entusiasmo.

La imprudencia del gascón, por no decir otra cosa, era juzgada muy severamente.

Brousse y Jordal, aun esforzándose por encerrarse en los estrechos límites del secreto profesional, no podían menos de mover la cabeza ante las preguntas conque les abrumaban por todas partes, y contestar con estas pala-